

Soledad, tienes nombre de mujer

“Si de pronto me olvidas no me busques, que ya te habré olvidado” (Pablo Neruda)



Castillo de Xiquena (Lorca). Otoño 2017

Querida...

Primero fue un sentimiento de vacío que me hacía mirar por los rincones de la casa, abrir y cerrar las puertas de los dormitorios a punto del delirio, pegar con sigilo la oreja al cuarto de baño por si tu silencio era motivado por algo grave, mantener todos los sonidos de la casa en espera, mudos, tratando de escuchar el ruido de la cerradura de la puerta de entrada al abrirse y el portazo consiguiente, por la forma de abrirla o cerrarse adivinaba si eras tú o alguno de nuestros hijos y cuál de ellos ... nada, nada de eso ocurre desde hace un tiempo. La casa enmudeció poco a poco cuando se marcharon a la Universidad, el silencio se hizo insoportable, pero la esperanza de recuperarlo en vacaciones me mantenía viva. Ya no. Ahora alguien le ha puesto nombre: “Síndrome del nido vacío”. Así es este nido donde los pájaros que lo habitaban echaron a volar. El efecto dominó se fue fraguando lentamente. No llegó de golpe, como cualquier otro drama. Fue primero una llamada de atención convocando a algo importante: “Querida, tenemos que hablar...” No... Llegó al principio en forma de señales que barruntan malos tiempos: “Una reunión, querida... esta noche llegaré tarde, no me esperes”.

“No puedes perder lo que no tuviste; no se mantiene lo que no es tuyo y no puedes aferrarte a algo que no se quiere quedar”

Las excusas del trabajo a deshora se incrementaron. Pero lo que me puso sobre alarma fue que cuando llegabas a la hora habitual, esa que compartimos durante treinta años, ya no me cogías de la mano, sentados en el tresillo, mirando la televisión, a veces quedándonos dormidos, ni me dabas un beso de despedida o llegada, ni siquiera en la mejilla. No hubo explicación al cambio de actitud, pero ambos percibimos que una sombra se había cruzado. Y ahora sí que llegó el anuncio de la conversación temida: “Sole, tenemos que hablar...” A partir de ese momento ya no fue la sensación de vacío, que la hubo, de silencio, que también.... Fue peor: frío, soledad, melancolía, la mirada perdida mientras leía un libro sin posibilidad de concentrarme... Llegaría mi jubilación y con ella la creencia de que el tiempo libre lo llenaría viajando, envuelta en actividades culturales, deportivas, yendo al teatro y al cine, haciendo en suma lo que no pude hacer durante mi vida laboral. Aquello duró poco, lo que tarda en cerrarse un otoño al que siguió un invierno. Salía apenas sin ganas, siempre por caminos familiares, sin capacidad para seleccionar y ensayar rutas nuevas, como si fuera un animal de carga al que le ponen antojeras. Ensayé juegos solo con afán de distraerme. Caminaba contando los pasos, miraba detalles sobre el pavimento que antes pasaban desapercibidos, un escudo de familia adornando una portada, la gárgola de aquél otro con forma de sátiro, angelillo, el matojo que crece entre el alero de una cornisa... Pero hubo tiempo para todo, para que los paseos cayeran en la melancolía forzándome a la reclusión y seguridad de mi casa.

“Recuerda que lo que unos desprecian, otros se mueren por tenerlo...”

Busqué otra forma de distracción, el sexo furtivo, pero me encontré que tampoco me llenaba, que los hombres que conocí solo vivían para “ese momento”. Constaté ¡ay! que el romanticismo solo estaba en los libros que a duras penas entendía, que ni la pasión ni la fogosidad ni los juegos preliminares, el abrazo, el beso mordiendo la boca, aspirando el aliento, bebiendo su vida ya no eran como antes, pertenecían a otro tiempo, a otra edad. Llegaron los nietos. Colmaron parte de mis afectos, o bastante de ellos, pero tampoco fue suficiente. Quedaban muchos ratos libres por cubrir y mi frío y el de la calle caminaban juntos.

Soledad no era solo mi nombre de pila.

La Torrecilla, 19 de noviembre de 2017.